

Segunda oportunidad

ANTÓN COSTAS

Vayas donde vayas, si eres catalán no podrás sacarte de encima el tener que hablar del tripartito. Este pasado fin de semana el CIDOB de Barcelona nos convocó a un grupo de personas a asistir en Verona al 7º Foro de Diálogo Italia-España para hablar de algunas de las grandes cuestiones que plantea la construcción europea a nuestros dos países. Les aseguro que no hubo intermedio, almuerzo, comida o cena que no haya estado ocupado por la cuestión doméstica. Los más adictos hasta sacaban su *i-mate* para leernos las últimas noticias o rumores llegados de Barcelona sobre el reparto de carteras. Todo indica que vamos camino de repetir el cansancio del Estatuto.

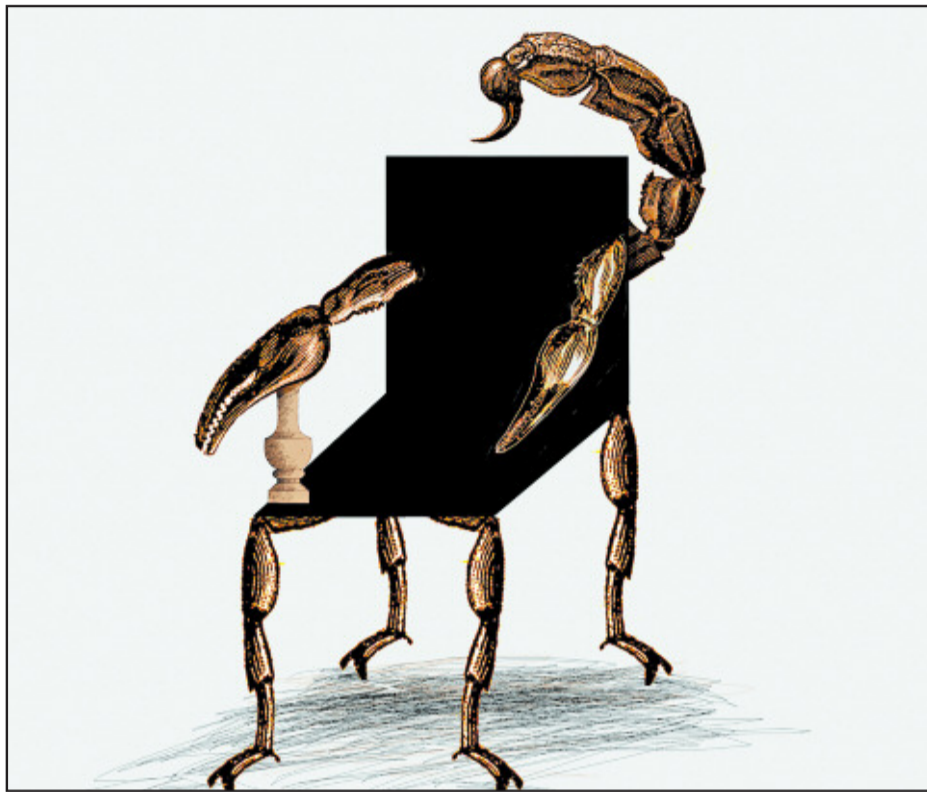
La pregunta del millón estos días es cuánto tardará el próximo Gobierno de la Entesa en volver a comportarse como el tripartito. Se cruzan apuestas. Algunos, los más pesimistas o interesados, piensan que no pasará de las primeras semanas. En todo caso, la prueba de fuego estará en lo que hará Montilla ante la primera señal de desavenencia.

A la vista de lo que escucho en relación con la viabilidad del nuevo Gobierno, los catalanes se pueden clasificar en seis grupos. Los que cuestionan su legitimidad, y se oponen activamente. Los que aun cuando no les han votado, no lo cuestionan, pero piensan que se ha perdido una oportunidad y temen que será un desastre. Los que han votado a algunos de los partidos, pero son escépticos de que pueda funcionar la coalición. Los que dudan, pero confían en que ahora sí funcionará. Los que confían, pero dudan. Los convencidos (escasos, y casi todos de ICV). Y, finalmente, los que pasan del tema. Como se ve, domina el escepticismo, cuando no el temor.

Probablemente, no hay otro gobierno que haya nacido rodeado de tanta desconfianza. Sólo así se entiende que, al menos de momento, el objetivo básico del programa común sea no volver a cometer los mismos errores que la primera vez.

¿Cuál es la razón de tanto recelo y pesimismo? ¿Por qué no confiar en la capacidad de la naturaleza humana, aunque sea la de nuestros políticos, para aprender de los errores y no volver a tropezar en la misma piedra? ¿Qué es lo que hay en esa coalición política que produce tantos escépticos, incluidos los de las propias filas?

Lo que más pesa es el mal recuerdo de la primera experiencia. Eso lleva a los ciudadanos a comportarse como meteorólogos



SILVIA ALCOBA

La pregunta del millón es cuánto tardará el próximo Gobierno de la Entesa en volver a comportarse como el tripartito. Los más pesimistas piensan que no pasará de las primeras semanas

aficionados: si ayer llovió mucho, lo más probable es que mañana llueva. Pero esta no puede ser la única causa de tanta desconfianza y temor.

Quizá la fábula de la rana y el escorpión nos pueda ayudar a comprender otras razones menos evidentes. Cuenta que estaba el escorpión al lado de un río, deseoso de pasar a la otra orilla. Incapaz de hacerlo por sí solo, se dirigió a una rana que estaba cerca, pidiéndole que le ayudara a cruzarlo. Desconfiada, ésta le dijo que no, porque temía que aprovecharse la ocasión para pincharle con su afilado aguijón. Pero con buenas artes retóricas y cierta lógica, el escorpión logró convencerla de que no lo haría, porque, entre otras razones, le dijo, sabía que si la pinchaba los dos se ahogarían. A la rana le pareció un argumento convincente, y le dejó subir a su espalda.

Cuando estaban en medio del río, el escorpión clavó su afilado y venenoso aguijón en el lomo de la rana. Sorprendida, ésta le preguntó: “¿Por qué lo has hecho?”. “No he podido evitarlo, está en mi naturaleza”, le contestó abatido y resignado el escorpión. Y los dos se fueron al fondo del río.

Que nadie se sienta aludido. Como es conocido, el diccionario define la fábula como un cuento o narración de cosa que ni es verdad ni tiene sombra de ello, inventado sólo para deleitar, ya sea con enseñanza o sin ella.

En todo caso, más allá del lógico escepticismo, encuentro algunas razones para pensar que, a lo mejor, esta vez funcionará, y que no será verdad lo de que nunca segundas partes fueron buenas. Pocas veces la vida te da una segunda oportunidad. Sería lamentable no saber aprovecharla. Porque,

lo que sí parece seguro, es que no habrá una tercera.

Lo primero que me hace ser moderadamente optimista, es que tal es el grado de descrédito y falta de expectativas de la ciudadanía, que esto será, en sí mismo, un acicate para el buen gobierno. Quiero creer que la autoestima, el orgullo, el temor al ridículo o el miedo al descrédito personal funcionan de la misma forma en la conducta de los políticos que en la de cualquier otro profesional. Si es así, se habrá hecho verdad el proverbio de que no hay mal que por bien no venga.

Sin embargo, la razón principal de ese querer ser optimista me viene de ver emerger en los líderes de ERC las primeras señales orientadas a repensar el catalanismo. El artículo publicado por Josep LLuis Carod Rovira (*Un Govern para la nova Catalunya*), el pasado sábado 11 de noviembre y su intervención en el Consejo Nacional de Esquerra ese mismo día son alentadores. Ver que Carod Rovira pide a su partido que se adapte al contexto global de la economía y de las migraciones del siglo XXI, y que replantee las bases del catalanismo y los conceptos de nación y Estado heredados del siglo XIX me parece todo un avance. Porque ahí está la madre de casi todas las guerras y conflictos domésticos: la contradicción que hoy existe entre la escala global de la economía y la sociedad en que tenemos que movernos en este siglo XXI, y los conceptos que el nacionalismo y el soberanismo utilizan para construir el espacio de las identidades locales. Si no hay modernización del discurso y de la práctica política del nacionalismo, será muy difícil la modernización económica y social del país.

La eficacia de la acción de gobierno no tiene necesariamente por qué ser estorbada por el hecho de aspirar a la independencia a través de cauces democráticos, como siempre ha defendido el soberanismo catalán. Pero mientras tanto no se llegue a ese puente, y además no se cuente con aliados para esa aventura, convendría controlar los impulsos y las pasiones retóricas. Porque las formas en política son tanto o más importantes que el fondo, o incluso más. O, como dijo un clásico, las formas son el fondo.

Posiblemente la mía es una manifestación del optimismo de la voluntad. Mis deseos de larga y apacible vida a la Entesa.

Antón Costas es catedrático de Política Económica de la Universidad de Barcelona.

Me parece oír la exclamación del lector: “¡Oh, no! ¡Otro artículo sobre responsabilidad social corporativa!”. Tranquilícese: no voy a decir que las empresas son responsables de arreglar todos los problemas del mundo. Algunos lo proponen, dado que los problemas son inmensos, desde el sida y las enfermedades en todo el mundo hasta el recalentamiento del planeta, la discriminación contra la mujer y la desigualdad. Sobre todo teniendo en cuenta que los gobiernos parecen incapaces de hacerles frente. Pero yo no opino así.

Mi tesis va a ser... un poco más extrema: todos somos responsables de todos los problemas. Y las empresas están en una situación única para asumir la responsabilidad de recordarnos a todos nuestras múltiples y polifacéticas responsabilidades.

¿Nos preocupa el medio ambiente? Bien: las empresas deben hacer algo. Mucho. Porque contaminan mucho. Pero nosotros también contaminamos como consumidores. Y como trabajadores. Me contaron hace años la historia de Norsk Hydro, una gran empresa productora de aluminio que se propuso remediar la terrible degradación del fiordo noruego en que

estaba localizada una de sus plantas. Y la profesora que me lo contaba me decía que ella había visto a dos operarios poner cartones en un agujero de la pared, para que no saliesen al exterior los humos nocivos... que ellos iban a respirar. Sí, indudablemente, la empresa era responsable, y la dirección... pero también ellos se sentían ante el deber de aportar su grano de arena a la solución del problema.

Está claro que las empresas deben dar el primer paso, pero también que deben involucrar a todos: a sus propietarios y directivos, a sus trabajadores, a sus clientes y proveedores. El buen trato laboral lo dan las personas, no sólo la organización. Contaminamos todos, no sólo las empresas. Abusamos del trabajo de niños en el Tercer Mundo todos los que compramos con la sospecha de que este producto no puede ser tan barato... pero, en fin, ya que lo es, aprovechémoslo y no preguntemos...

Todos somos responsables

ANTONIO ARGANDOÑA

Lo mismo pasa con las grandes necesidades del mundo: las empresas pueden contribuir a solucionarlas, porque tienen los medios: la capacidad de organización y dirección, y la mano de obra para llevarlo a cabo, y sobre todo, el dinero (¿recuerdan lo de

Todos tenemos la responsabilidad social de ayudar a las necesidades ajenas

aquel ladrón al que preguntaron por qué robaba en los bancos y contestó que porque era en ellos donde estaba el dinero?). Pero, en definitiva, todos somos responsables, en mayor o menor medida, de las desgracias ajenas. Si paso al lado de un canal y veo a un niño al que se lleva la corriente, y los bomberos ya se acercan con una barca, puedo marcharme tranqui-

lo. Pero si no hay bomberos ni barca, me parece que tengo que considerar seriamente la conveniencia de tirarme yo al agua para salvarlo.

Muy bien lo de la responsabilidad social de las empresas. Pero recordemos que todos tenemos la responsabilidad social de ayudar a las necesidades ajenas con nuestro patrimonio, grande o pequeño. Al lado de la responsabilidad social de la empresa, me gustaría recordar la responsabilidad social de la propiedad. O sea, de todos. O al menos de casi todos. Porque casi todos tenemos alguna propiedad.

Y esto, déjenme que lo diga otra vez, es muy bueno para las empresas. ¿Porque diluye su responsabilidad? No: ya digo que las empresas deben dar ejemplo y ser las primeras en cumplir con sus responsabilidades. La razón principal es que es una invitación a dirigir mejor. Porque si quiero que mis empleados se involucren en el cuidado del medio ambiente, he

de conocer bien dónde están los puntos de contaminación, desde luego, pero también he de conocer qué les mueve a trabajar, qué tienen en la cabeza cuando dejan el grifo del lavabo abierto sin necesidad, o descuidan la recogida de los residuos, o desfilan energía. He de conocer mejor sus motivaciones y esto me ayudará, en definitiva, a dirigirlos mejor, y a avanzar en su identificación con los objetivos de la empresa, y a involucrarlos en la tarea común que tenemos entre manos: ellos y los directivos, y los propietarios, y los clientes, y todos...

Y así estaré en mejores condiciones de ayudarles a desarrollarse como profesionales y como personas, potenciando sus capacidades específicas, que son lo que diferencia a mi empresa y la hace distinta, mejor... y a mí, también un mejor directivo. Ya se ve, pues, que la idea de que todos somos responsables no es una manera de quitar la responsabilidad de las espaldas de las empresas, sino de ayudarles a ejercerla mejor. Porque es una responsabilidad compartida.

Antonio Argandoña es profesor del IESE.